CAPÍTULO XX.

DE LA TIBIEZA.

La falta de la devoción sensible induce á creer á los timoratos que se encuentran en estado de tibieza. Este temor los llena de inquietudes para lo presente y sobre todo para el porvenir. Para consolarlos, San Alfonso explica claramente en qué consiste la tibieza.

«Hay, dice, dos suertes de tibieza, la una *evitable* y la otra *inevitable*. De ésta, ni los santos mismos se pudieron librar. Comprende todos los defectos cometidos por mera fragilidad y sin consentimiento pleno. Tales son las distracciones en la oración, las turbaciones interiores, las palabras inútiles, la curiosidad vana, el deseo de agradar, cierta sensualidad en el comer y beber, algunos movimientos de concupiscencia no reprimidos presto, y otras cosas semejantes.

»Debemos ciertamente evitar, en cuanto podamos, todos estos defectos; pero atendida la debilidad de nuestra naturaleza, corrompida por el pecado, es imposible evitarlos todos. Debemos, por tanto, arrepentirnos de ellos porque no dejan

de desagradar á Dios; pero debemos guardarnos mucho de la inquietud que pueden causarnos. «Estos pensamientos inquietos, dice San Francisco de Sales, no vienen de Dios, que es el principio de la paz; vienen siempre del diablo, del amor propio ó de la falsa estima de nosotros mismos.»

»Es, pues, necesario ahuyentar presto los pensamientos inquietantes y no atender á ellos. Estos defectos, dice el mismo Santo, siendo indeliberados é involuntarios, se borran con un acto expreso de la voluntad: basta para ello un acto de amor ó de dolor. Son faltas, en verdad, pero no obstáculos para la perfección; ó más bien, no impiden que caminemos á la perfección, que, como es sabido, no existe en realidad más que en el cielo.

»La tibieza *evitable* sí es un obstáculo para la perfección. Los tibios de esta especie cometen pecados veniales de propósito deliberado, aunque ven claramente que los pudieran evitar con el auxilio de la gracia. «Dios nos preserva, dice Santa Teresa, de cualquiera falta deliberada, por pequeña que sea.» Tales son, por ejemplo, las mentiras voluntarias, las murmuracioncillas, las imprecaciones, las palabras picantes, las chanzas en que se ofende la caridad, el deseo de ser estimado, las afecciones demasiado humanas hacia los individuos de sexo diferente, etc. Todas estas cosas, continúa el mismo Doctor, son otros tan-

tos gusanillos muy de temer, porque sus roeduras no se perciben sino cuando han acabado con las virtudes. El demonio se sirve de estos defectillos para conducirnos á mayores excesos.

»Escuchad la amenaza que Dios ha lanzado contra los tibios: *No eres frío ni caliente; más te valiera ser frío; pero como eres tibio, empezaré á arrojarte de mi boca.* Sí, más vale en cierto modo ser frío, privado de la gracia de Dios, que ser tibio. El que está frío puede despertar por los remordimientos, enfervorizarse y cambiar de vida; pero el tibio se aduerme en sus defectos sin pensar corregirlos y casi no da esperanza alguna de enmienda.»

Por tibieza se entiende un estado habitual. Algunos pecados veniales deliberados, pero cometidos de tiempo en tiempo, no bastan para constituir un hábito. Es, sin duda, necesario evitarlos con toda diligencia; pero si á veces se cae en ellos, no hay que creer que á eso se refiere la amenaza de Dios.

CAPÍTULO XXI.

ESCRÚPULOS SOBRE DISTRACCIONES Y TENTACIONES.

Otro motivo de turbación para las almas devotas es la multitud de distracciones, de pensamientos frívolos y extraños que les asaltan durante la oración y meditación. Y les parece que son inevitables esos defectos que sólo se originan de nuestra flaqueza, de la movilidad de nuestro espíritu y los devaneos de la imaginación. Los más grandes santos han sufrido todo eso y aun con mucha frecuencia, como lo dice el autor mismo de la *Imitación*. Se refiere que un solitario de la Tebaida intentó decir un *Pater noster* sin distracción alguna; lo comenzó cincuenta y tres veces y no logró su objeto.

No siendo voluntarias las distracciones, en nada disminuyen el mérito de la meditación «Aunque no hicieseis otra cosa, dice San Francisco de Sales, más que desechar las distracciones, vuestra oración sería excelente, porque Dios sólo atiende á la buena voluntad.»

Cuando nos hayamos puesto seriamente en presencia de Dios, desechando de antemano las distracciones que nos puedan sobrevenir, tran-

quilicémonos; y tanto más, cuanto si las distracciones sean ocasionadas por trabajos externos prescritos por obediencia. Escuchemos *El Espíritu de San Francisco de Sales* sobre este punto:

«Suspiraba por el descanso una superiora, lamentándose de que las ocupaciones anexas á su oficio la distraían de su unión con Dios: el Santo la hizo callar representándola que no hay cosa que nos pueda separar de Dios sino el pecado.

»Es ciertamente un error manifiesto el pensar que las ocupaciones legítimas nos apartan del divino amor; por lo contrario, no hay lazo más fuerte para unirnos á Dios como hacerlas puramente para gloria suya. Dejarlas para unirse á Él en la oración, en la soledad, en la lectura, el silencio, el recogimiento, el reposo y la contemplación, más es dejar á Dios para unirse á sí mismo y á su amor propio.

»Ved lo que agregó el Santo para estimular á esa superiora: «Á proporción que, ayudada de la virtud, de la santa obediencia, emprendierais muchas cosas para Dios, Él os favocerá con su ayuda y hará vuestra obra juntamente con vos, si vos queréis hacer la suya juntamente con Él. Pues si la suya es la santificación de las almas, trabajad humilde, simple y confiadamente en esto, y jamás sufriréis distracción alguna perjudicial. No es paz justa la que huye del trabajo necesario para la gloria de Dios.»

Por otra parte, hay dos medios de evitar ó siquiera disminuir las distracciones en la meditación: ponerse seriamente en presencia de Dios y usar algún libro. *El que se pone á orar sin preparación, es semejante al que tienta á Dios.* «No ignoro, dice San Francisco, que hay tiempos estériles en que por más preparación que se haga, será tan difícil sacar un pensamiento de la cabeza como una gota de agua de los peñascos; pero os suplico que no os aflijáis en esa situación. Proseguid trabajando con dulzura, con humildad y paciencia, y sin fatigar vuestro espíritu.

»Servíos de algún libro cuando os sintáis fatigados; leed un poquito y luego meditad sobre ello; volved á leer y meditad otros instantes, y proseguid así durante vuestra media hora.

»La madre Teresa así obró también en sus principios, y asegura que se encontraba muy bien. Y puesto que hablamos confidencialmente, os diré que cuando me he valido de ese método ha salido bien. Tened por regla que la gracia de la meditación no puede lograrse nunca por los esfuerzos del espíritu; pero sí es indispensable una perseverancia dulce, afectuosa y llena de humildad.»

A las distracciones siguen las tentaciones, nuevo y frecuente motivo de escrúpulos é inquietudes para las conciencias delicadas ó poco instruídas. Oigamos la obra citada:

«Me preguntáis por qué Dios permite que el

demonio nos aflija con tantas tentaciones, poniéndonos en grave peligro de ofenderlo y condenarnos. Os respondo con el Espíritu Santo que *la tentación engendra la paciencia, la paciencia la prueba, ésta la esperanza y la esperanza nunca es confundida* (*Rom.*, v, 5). *Dichoso es el que sufre la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman* (*Jac.* i, 12). *El que no es tentado, ¿qué sabe?* (*Eccli.*, xxiv, 11). *Porque eras acepto á Dios fué necesario que la tentación te probara* (*Tob.*, xii, 19).

»¿Sabéis lo que Dios hace en la tentación? Permite que el maligno autor de tales artefactos los proponga en venta, para que, con el desprecio que los vemos, podamos atestigar nuestro afecto á las cosas divinas.

»¿Y por esto, hija mía, nos habríamos de inquietar? ¿Cambiaremos siquiera de postura? De ningún modo. Es solamente el diablo, que anda alrededor de nosotros para que se le abra alguna puerta. Así obraba con Job, con San Antonio, con Santa Catalina de Sena, y con una infinidad de almas que conozco, y también con la mía, que nada vale y que no conozco gran cosa.

»¿Por todo esto habríamos de incomodarnos? ¡Ah! Dejad al demonio que continúe su obra; tened solamente todas las puertas cerradas, y al fin se cansará ó Dios lo alejará de vuestro lado.

Es buena señal tanto ruido y tanta tempestad en vuestra alma, porque eso indica que no habéis sucumbido.

»Nos turbamos y afligimos por no saber si la tentación está fuera ó dentro de nosotros.»

CAPÍTULO XXII.

NUEVOS ESCRÚPULOS SOBRE LAS TENTACIONES.

PERO me diréis:—¿En qué conoceremos esta diferencia?—Ved aquí la piedra de toque; observad si os agrada ó no la tentación; y puesto que los pecados no pueden dañar cuando desagradan, con más razón tampoco perjudicarán las tentaciones. Oid una sentencia del Santo sobre el asunto: «Notad que mientras la tentación nos desagrada nada hay que temer. ¿Por qué os había de desagradar sino porque no la queréis ó no queréis lo que os propone?

»*Pero si yo*, me diréis, *me detengo mucho en ella, ya por inadvertencia, ya por inacción al desecharla, ó bien por debilidad en combatirla, ¿no habrá en ello algún género de complacencia?*—El mal en las tentaciones no se mide por su duración; podrá perseguirnos y ejercitarnos toda nues-

tra vida; pero con tal que en todo tiempo nos desagrade, nunca podrá hacernos pecar. Por lo contrario, ese desagrado nuestro nos preserva y nos sirve de materia de virtud, y por consiguiente, de corona.

»*Pero temo*, replicáis, *que por algún tiempo me haya agradado.*—Pues ese mismo temor testifica que os fué desagradable; porque lo que se gusta no se teme; el mal es el que causa temor. Así, pues, si tuvisteis advertencia para ver la tentación como un mal, no pudo seros agradable.

»*Pero qué, ¿no es malo detenerse en ella?*—Si este entretenimiento precede al uso ó advertencia de la razón, no importa mucho, y para que la delectación que llamamos *morosa* sea pecado, es menester que haya algún género de consentimiento y malicia voluntaria.

»Cuando el tentador ve nuestra voluntad firme en la gracia; que huimos del pecado como de una serpiente, y que aun su sombra nos infunde espanto, se contenta con producir en nosotros inquietud, ya que no puede precipitarnos á la culpa. Por eso levanta un huracán de tentaciones que nos llena de polvo los ojos para afligirnos y hacernos menos agradable el camino de la virtud.

»Para combatir las tentaciones graves se necesitan armas y broqueles; pero hay muchas cotidianas que no se vencen sino con el desprecio.

A los lobos y á los tigres se les hace la guerra, pero sería ridículo ponerse en actitud de combate para luchar contra los mosquitos.»

A uno que se inquietaba y entristecía de verse asaltado por diversas tentaciones contra la fe, no obstante que le desagradaban hasta el extremo de atormentarle el corazón, le escribió nuestro bienaventurado padre de esta suerte: «Han vuelto vuestras tentaciones contra la fe y os atormentan aunque no les respondéis palabra. No les repliquéis, y quedará todo remediado. Pero vos pensáis mucho en eso; las teméis y receláis demasiado: si no fuese así, ningún mal os hicieran. Sois muy sensible á las tentaciones, amáis la fe y no quisierais que os viniese un solo pensamiento contrario á ella; y luego que os asalta alguno os turbáis y entristecéis.

»Sois demasiado celosa de esta pureza de fe, y os parece que cualquiera cosa la mancha. No, hija mía, no; dejad correr el viento, y no penséis que el manso susurro de las frondas es el estrépito de las armas.

»Poco hace que estaba yo junto á unas colmenas, y algunas abejas se me pusieron sobre la cara; queriendo apartarlas presto con la mano: «No, me »dijo un campesino, no las toquéis y de ningún »modo os picarán; tocándolas pueden haceros mal.» Lo creí, y en efecto, no me picaron. Creedme: no temáis las tentaciones, no las toquéis, y no os

ofenderán. Pasad á otra cosa y no os detengáis en ellas.»

Añadiré que con el menosprecio, más que con el combate, se adquiere presto el triunfo contra el tentador y contra las tentaciones, porque el combatir con alguno es señal de que se conoce su fuerza; pero desdeñarse de reñir con él es señal de que se le tiene por vencido y por indigno de nuestra cólera. El desprecio de las tentaciones es claro indicio de progreso en la virtud y de confianza filial en el Dios de las batallas. Por lo que toca al tentador, no hay cosa que más le ahuyente como el desprecio; no puede soportar el verse humillado.

CAPÍTULO XXIII.

UTILIDAD DE LAS TENTACIONES.

Como las tentaciones son grandes tormentos para las almas devotas, los maestros espirituales multiplican los consejos para calmar su inquietud y darles á conocer las ventajas de esos combates.

El que no es tentado ¿qué sabe? (*Eccli.*, XXXIV, 9), nos dice el Espíritu Santo. En efecto, el que no sufre tentaciones ignora la flaqueza de su condición y la virtud de la gracia. *Bienaventurado el que sufre la tentación, porque siendo probado por ella, recibirá la corona de vida que Dios promete á los que le aman* (*Jac.*, I, 12).

Así como los perros no ladran á los de casa, sino á los extraños, así también el diablo no se empeña en atacar á los que por sí mismos buscan la tentación, porque los mira como suyos. Por eso cuando veamos que atormenta con sugestiones repetidas, hemos de juzgar que aquella alma no le pertenece; y cuanto más redobla sus esfuerzos, mayor señal es de virtud sólida; porque este enemigo no hace grandes esfuerzos sino contra las plazas más fuertes y que más le resisten.

«Si supiésemos hacer buen uso de las tentaciones, decía el Santo, en vez de rehusarlas, las provocaríamos, y casi, casi, estoy por decir que desearíamos tenerlas. Pero por cuanto es notoria nuestra flaqueza y cobardía, como consta por la experiencia de tantas caídas lamentables, tenemos mucha razón y es muy justo que digamos: *No nos dejes caer en tentación.*

»Piensan algunos que cuando se ven afligidos de pensamientos, de blasfemia é impiedad han perdido la gracia y aun la fe. Se engañan; mientras que tales pensamientos les molesten y desagraden, no pueden hacerles daño alguno; antes bien, estos vientos impetuosos sólo sirven para hacerles echar más profundas raíces en la fe. Esto mismo

se ha de entender acerca de las tentaciones contra la castidad y otras virtudes.

»Así como entre los perales no hay alguno que no sea injerto, así también entre los hombres, aun los más ancianos, no hay alguno que no sufra tentación. El ángel dijo á Tobías: *Porque eras agradable á Dios fué necesario que la tentación te probase.* (*Tob.*, XII, 13.)

»Esas tentaciones tan importunas vienen de la malicia del diablo; pero la pena y sufrimiento que nos ocasionan vienen de la misericordia de Dios, que, contra la voluntad de su enemigo, saca de su malicia la santa tribulación. Vuestras tentaciones son, pues, del diablo y del infierno; pero vuestras penas y aflicciones son de Dios y del paraíso. Las madres son de Babilonia, pero las hijas son de Jerusalén.»

En fin, notad bien lo que voy á repetiros: en tanto que la tentación os desagrade, no hay que temer. ¿Por qué os habría de desagradar si la quisieseis tener? No os turbéis. Dejad que el enemigo rabie en la puerta; que empuje, que solicite, que clame, que aúlle, y haga lo peor que pueda. Estemos seguros de que no puede entrar á nuestra alma sino por la puerta de nuestro consentimiento: guardémosla firmemente, cerciorémonos con frecuencia de que está bien cerrada, y no nos inquietemos, porque no hay que temer.

CAPÍTULO XXIV.

ESCRÚPULOS SOBRE LOS PECADOS É IMPERFECCIONES.

TODO *contribuye al bien en aquellos que aman á Dios* (*Rom.*, VIII, 28), dice San Pablo. Sí; todo, aun el pecado. Dios es tan bueno, que nunca permitiría el mal si, por un secreto admirable, reservado á su sabiduría soberana, no pudiese cambiarlo en bien. Dios, en efecto, hace que sobreabunde la gracia donde abundaba el pecado. Ejemplos de ello son David, Manassés, San Pedro, San Pablo, la Magdalena, San Agustín, Santa María Egipciaca, etc.

«Puesto que Dios, dice San Francisco de Sales, puede sacar bien del mal, ¿para quién ha de hacer esto sino en provecho de los que se han dado á Él? Sí, aun los pecados que nos prohibe contribuyen al bien de los que le aman. David jamás habría sido tan humilde si no hubiese pecado; ni la Magdalena tan amorosa con su Salvador si no la hubiesen perdonado tantas culpas, y claro está que jamás se le habrían perdonado si no las hubiese cometido. Dios, pues, en su misericordia,

convierte nuestras miserias en gracias, y en bebida saludable el veneno de nuestras iniquidades.

»Aunque no veáis el camino por donde debe llegar este bien, estad seguros de que llegará. Si Dios cubre vuestros ojos con un velo de ignominia, es para restituiros la vista y presentaros después un espectáculo de honor; si permite que caigáis, es para elevaros, como al Apóstol, al tercer cielo.»

Las almas buenas confunden ordinariamente el pecado venial con la imperfección. Ved aquí la piedra de toque para distinguirlos.

«Nuestro bienaventurado padre, dice *El Espíritu*, enseñaba que el pecado venial procede siempre de la voluntad, pues sin el consentimiento de ésta no hay pecado. Y según que el consentimiento se aplique ó se dé á una materia grave ó levemente pecaminosa, el pecado será mortal ó venial.

»Pero la imperfección es propiamente un movimiento defectuoso que se anticipa al consentimiento pleno de la voluntad. El reir descompasada é inmoderadamente, con gusto deliberado, sin parar mucho la atención en el mal ejemplo que se da á los circunstantes, es falta venial; pero el ser asaltado por la pasión de la risa y romper en ella indeliberadamente, no es más que una imperfección. Manifestar deliberadamente la aversión por alguno es un pecado venial; pero si eso es

pronto y repentino como un relámpago, que no bien se ve cuando desaparece, no es más que una imperfección.

»Hay que notar que las imperfecciones no son suficiente materia para la absolución; pero sí pueden serlo los pecados veniales, aunque no sean materia necesaria.

»Las moscas y las pulgas en el verano son extremadamente importunas, pero no crueles; ejercitan nuestra moderación, pero no nuestra paciencia, por ser tan corto mal la picadura de esos ruines animalillos.

»Hay almas cuyas conciencias tienen una piel tan tierna y delicada, que la más pequeña imperfección las amohina, y á veces se enfadan por haberse enfadado y se indignan de haberse indignado; y en tanto exceso, que esta segunda displicencia suele ser mayor y más molesta que la primera. Todo esto proviene del amor propio, tanto más difícil de curar cuanto es más secreto y disimulado. El mal que se conoce se puede considerar como vencido.

»Tienen esas almas tal opinión de sí mismas, y se consideran con tal perfección que, cuando creen haber faltado á ella, al punto llegan á una desolación profundísima.

»Quería nuestro Bienaventurado Padre que de la misma tierra se fabrique el foso, y de las propias brechas el baluarte; es decir, que se saque

provecho de las imperfecciones mismas, haciéndolas servir de cimiento para el edificio de nuestra animosa humildad, y aun para haceros esperar contra toda esperanza.

»A uno que se inquietaba por sus imperfecciones le escribió: «Bien quisiéramos estar sin imper»fecciones; pero es preciso conformarnos con perte»necer á la naturaleza humana y no á la angélica.» Nuestras imperfecciones no deben desagradarnos, porque hemos de decir con el Apóstol: *¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?*

»Debemos sacar de ellas sumisión y humildad y sobre todo desconfianza de nosotros mismos; pero nunca desaliento, ni mucho menos duda de que Dios nos ame. En verdad Dios detesta nuestras imperfecciones y pecados veniales; pero nos ama tiernamente á pesar de todo ello, así como las madres, por más desagradadas que estén con las enfermedades de sus hijos, no sólo aman á éstos, sino que les muestran mayor ternura y compasión cariñosa. De suerte que David pudo exclamar con justicia: *¡Señor, ten misericordia de mí porque estoy enfermo!* Cuando el conocimiento de nuestras imperfecciones nos humilla, ganamos mucho; y el progreso que hacemos en la humildad repara con creces el daño que produjeron esas imperfecciones.»

CAPÍTULO XXV.

NO INQUIETARSE POR LAS IMPERFECCIONES Y PECADOS.

Si por virtuosos que seamos no podemos estar sin pecados veniales en esta vida, mucho menos sin las imperfecciones que preceden á la deliberación y á la determinación de nuestra voluntad. Aunque tengamos la gracia, no estamos confirmados en ella y podemos caer. No es tan puro el oro que tenemos para que carezca de liga.

Algunos, demasiado celosos de la perfección, se turban desmedidamente cuando caen en alguna ó en pecados veniales, y se enojan contra sí mismos, apocándose y desalentándose porque no pueden llegar á la cumbre de perfección imaginaria que ambicionan.

Pero todo ello no tanto procede del odio que tengan al pecado venial y á la imperfección porque desagraden á Dios, sino porque les desagrada á ellos mismos. Así dan á conocer un secreto y sutil amor propio, del que nacen, como de mala, aunque secreta raíz, esas agitaciones. Por el con-

trario, los que están más avanzados y firmes en el amor divino, lejos de inquietarse por sus caídas, sacan ventajas de su pérdida, humillándose más y más.

La humildad hace que no nos inquieten nuestras imperfecciones, acordándonos de las ajenas, porque nos decimos: ¿por qué habíamos de ser más perfectos que los otros? Y por el mismo principio no nos turban las ajenas, pues si tenemos imperfecciones, ¿por qué no las habían de tener los otros?

La humildad nos hace dulces con todos; con los perfectos, por reverencia; con los imperfectos, por compasión. La humildad nos hace recibir las penas con dulzura, sabiendo que las merecemos; los bienes con reverente confusión, porque no los merecemos.

No inquietarse después de las faltas cometidas es punto esencial de la vida cristiana, sobre el que insisten los maestros de espíritu. ¿Qué significa ese turbarnos y entristecernos después de cualquiera imperfección ó pecado? Sin duda todo proviene de que creíamos tener algo bueno, algo firme y sólido. Por consiguiente, cuando llegamos á conocer nuestra nada, la inquietud se apodera de nosotros. Pero si nos conociésemos un poco, no nos admiraríamos de estar en tierra, sino de haber permanecido en pie por algún tiempo.

San Felipe Neri, cuando caía en alguna falta,

exclamaba: «Señor, ved aquí todo lo que puedo hacer; os doy las gracias porque me habéis ayudado; de otro modo hubiera hecho una cosa peor.»

Os quejáis de que se mezclan en vuestras vida muchas imperfecciones y defectos, contra el deseo que tenéis de perfeccionaros y progresar en el amor divino.—Respondo que mientras estemos en este mundo es imposible desprendernos absolutamente de nosotros mismos. Es preciso soportarnos hasta que Dios nos lleve al cielo.

Es, pues, necesaria la paciencia, y no pensar en curarnos en un solo día de las malas costumbres contraídas por el poco cuidado que habíamos tenido de nuestra alma.

Ni el pecado venial ni la afección á él son contra la resolución esencial de la caridad, que es preferir á Dios sobre todas las cosas; por ese pecado amamos algo fuera de la razón; nos inclinamos á la criatura más de lo conveniente, pero no la preferimos al Creador; nos adherimos á las cosas terrestres, pero no abandonamos por ellas las celestiales.

En suma, esta especie de pecado *nos detiene* en el camino de la caridad, pero no *nos aparta* de él; no siendo contrario á esa virtud, *jamás la destruye, ni en todo ni en parte.*

Sin embargo, es pecado, y desagrada á la caridad, no como cosa que le sea contraria, sino como contrario á sus progresos y á su intención,

la cual consiste en que relacionamos con Dios todas nuestras acciones y ese pecado hace que sean fuera de Dios, pero no contra Él.

No obstante, cuando se tiene demasiada afección al pecado venial, nos expone á la pérdida de la caridad, por el peligro en que estamos de cometer culpa grave. Pero no os inquietéis de no recordar todas las faltas menudas en la confesión. Id humilde y francamente á declarar lo que hubieseis recordado, y para lo restante, arrojáos amorosamente en los brazos misericordiosos que levantan con dulce prontitud á los que caen sin malicia, para que no se desalienten, ni se aperciban siquiera de que han caído.

Los que se inquietan y turban por los pecados veniales, y no se contentan hasta que reciben la absolución, pueden compararse á los que son tan nimios en curar sus enfermedades, que concluyen por minar su salud á fuerza de medicamentos.

El mejor medio para borrar los pecados veniales es ciertamente la absolución sacramental; pero así como disminuiría presto la salud del que quisiese alimentarse sólo con viandas delicadas y exquisitas, así también el que, para la remisión de cada pecado venial que le viene á la memoria, se acerca todos los días al confesor, será no solamente importuno, sino escrupuloso.

No hay que inquietarse por algunos pecados

veniales, efecto más de la flaqueza que de la malicia de nuestro corazón. No hemos de poder vivir sin cometer siempre algunos, porque sólo la Santísima Virgen María gozó de ese privilegio. Nos detienen en verdad un poco en nuestro camino, pero sin apartarnos de él, y *una sola mirada de Dios basta para desvanecerlos.* Si con sólo mirar la serpiente de bronce sanaban los israelitas de la mordedura de las serpientes, ¿cuánto mejor quedaremos curados de las mordeduras leves de la serpiente infernal con sólo ver á Jesucristo clavado en la cruz? ¡Oh, cuán bueno es el Dios de Israel para aquellos que tienen su corazón recto!

CAPÍTULO XXVI.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Cuando nos acontece caer por el repentino arrebato del amor propio ó de otras pasiones, humillemos nuestro corazón, lo más pronto que podamos, delante de Jesucristo, y digámosle con respeto y confianza: «Señor, misericordia, porque soy enfermo.» Levantémonos después con paz y tranquilidad, y

continuemos el trabajo. No es preciso romper la cuerda ó abandonar el laud cuando se percibe un mal sonido; basta registrarlo para saber dónde se encuentra el defecto, y estirar ó aflojar dulcemente la cuerda, según lo requiere el arte.

El primer medio para conservar la paz en las familias y con el prójimo es el apoyo mutuo; el segundo es el apoyo mutuo, y el tercero es el apoyo mutuo. *Llevad mutuamente vuestras cargas*, dice San Pablo, *y así es como cumpliréis la ley de Nuestro Señor Jesucristo*. La paciencia con nosotros mismos no es menos necesaria que con los otros.

La caridad, que es paciente y benigna, nos obliga á corregir los defectos del prójimo con espíritu de dulzura y suavidad; y del propio modo nos hemos de corregir á nosotros mismos, según San Francisco de Sales, que no permitía que después de las caídas se levantasen sus hijos reprendiéndose con dureza y asperidad.

Pero, se dirá, ¿es bueno lisonjearnos y mimarnos al contemplar que nuestras llagas interiores se agravan por nuestra indiferencia?—¿Y quién nos ha dicho que para corregir al prójimo es necesario lisonjearlo y mimarlo? ¿No sería éste el oleo del pecador, con el cual no quería el Salmista que se le ungiese la cabeza? ¿No sería laudable imitar al buen Samaritano que derramó el oleo dulce y el vino amargo en la llaga del enfermo, mezclando la dulzura de las palabras con lo amargo de la reprensión?

Reprender al prójimo injuriándole y amenazándole, no es corregirlo, sino irritarlo y provocarlo para peores cosas. Es poner hiel en su alimento y vinagre en su bebida.

Y si debemos sazonar de esa suerte las reprensiones al prójimo, poniendo en ellas más aceite que vinagre, ¿por qué habíamos de ser menos misericordiosos con nosotros mismos, puesto que ninguno tiene odio á su propia carne? Y si debemos hacer con los otros lo que queramos que hagan con nosotros mismos, ¿por qué no haremos con nosotros mismos lo que la recta razón nos dicta hacer con los otros?

Tenéis, pues, una excelente lección, y cuando os acontezca caer en defectos, examinad si estáis firme en la resolución de servir á Dios, y veréis cómo estáis resuelto á sufrir mil muertes antes que ofenderlo. Preguntad á vuestro corazón por qué está tan decaído, y os responderá: «Me siento sorprendido, y no sé cómo; me siento fastidiado, y no sé por qué.» ¡Ah! perdonadlo, porque no es infiel, sino débil. Es bueno corregirlo, pero tranquila y suavemente, sin turbarlo ni entristecerlo.

Corazón mío, amigo mío, debemos decirle, levántate en nombre de Dios; llénate de aliento y valor; caminemos, guardémonos, y confiando en Él, lograremos la victoria.